

taba signada por los representantes de las altas partes contratantes.

Y con igual ligereza pasa sobre los sucesos posteriores, rozando apenas con su pluma la ocupacion de Veracruz, los tratados de la Soledad y el rompimiento de los preliminares.

En su segundo capítulo es igualmente breve. La invasion francesa, el desastre de Puebla, la mision de Forey, el sitio de Puebla y su ocupacion, la entrada de los invasores á la capital y la decision de la junta de notables, apenas le merecen una poca de atencion. Kératry no entra al detalle sino cuando comienzan las glorias del general Bazaine. Entonces sí no desperdicia pormenor alguno, siempre que importe cada hoja de papel escrito una hoja mas de laurel para la frente de su héroe. Esto no importa una recriminacion. Bazaine es un hombre público, figuró en los asuntos de México en una escala muy alta, y cada uno es libre para censurar sus actos ó para defenderlos, segun le dicte su conviccion íntima. Todo escritor es libre para consagrar su inteligencia á quien mas le agrade.

Dada así la razon última de mi trabajo anterior volvamos la vista á Miramar, porque despues nos fijaremos preferentemente en el suelo de México agitado por mil terremotos.

IV.

Habia por aquel tiempo una jóven pareja encerrada en los torreones del castillo de Miramar.

Eran Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, y María Carlota Amalia, su esposa, la hija de Leopoldo I rey de los belgas.

Rubio él, esbelto, garrido y de una belleza llena de virilidad, tenia una mirada tan inteligente y dulce que bastaba para borrar la mala impresion que dejaban la exajerada cuadratura de su mandíbula y sus labios tan característicos de la raza austriaca. Era un real soñador.

Hermosa ella, aunque contorneados su rostro y su talla por líneas algo duras y fuertes, poseía una alma apasionada y un juicio admirable.

Los dos ilustres esposos pasaban las horas lentas y cansadas de su vida contemplando las azules aguas del Adriático, que azotaban la roca en que estaba asentado su castillo.

Las miradas de ambos se perdian en aquella inmensidad soñando en un país remoto muy lejano, cuyo nombre apenas podian pronunciar, en el cual pensaban ir á plantar un trono en que sentarse.

Sus sueños de ambicion diluían sus arranques de amor.

Enteramente los absorbía la imágen de un imperio en México que habian ido á ofrecerles.

Véamos como habia surgido aquella candidatura, haciendo á un lado todo lo que tenga el carácter de conjetura.

Los emigrados mexicanos, ó mas bien dicho, dos de los que se decian representantes del partido monarquista, consultaron al rey de Austria si Maximiliano aceptaria ó no la corona de México en caso de que se le ofreciera por iniciativa de la Francia y con la aprobacion de Inglaterra. Esto pasaba cuatro meses antes de que se firmara la convencion.

En Octubre de 1861, es decir, cuando se estipulaba el convenio tripartito, confidencialmente hizo igual interrogacion la corte de las Tullerías, y al punto se envió al conde de Rechberg en comision á Miramar, cerca del príncipe Maximiliano.

Los emigrados mexicanos y Napoleon se habian asociado para hacer el papel de tentadores; se habian sentado sobre la roca aislada que levantaba su cresta sobre el lago de Trieste. Y desde allí habian mostrado al príncipe de Hapsburgo, entre las luces de un dorado espejismo, un país privilegiado bañado por un cielo de zafiro, vestido con un manto de flores, y veteado en sus entrañas por filones de plata y oro. Ese país era México, y su imperio era el que ofrecian á aquellas dos almas torturadas por la ambicion del mando, á aquellos dos jóvenes, que colocados junto á las gradas de un trono que anhelaban sin poder alcanzar, sufrían los tormentos de Tántalo entre los esplendores de la corte de Austria.

La tentacion era suprema, invencible, y no pudo la noble pareja resistir á ella.....

Hé aquí en lo que pensaban los dos príncipes contemplando el horizonte y las olas desde su castillo de Miramar.

La intervencion tenia ya un candidato que aceptaba, aunque con ciertas restricciones é imponiendo condiciones, el trono con que se le brindaba.

Pero ese candidato debia quedarse en la sombra y detras de bastidores, hasta que llegara la hora de presentar á un pueblo atónito al rey que le decian habia elegido sin conocerlo, sin haber oido jamás su nombre.

Pero el secreto no se guardaba tan bien por los que lo poseian, que no se traspasase tanto entre la oposicion de la cámara francesa como en el mismo México.

Y sin embargo, de las tres potencias complicadas en la intervencion, Inglaterra y España ignoraban los planes ulteriores de su otra aliada. España sobre todo, era completamente engañada, y marchaba á la ventura creyendo que iba á tener en México una sucursal monárquica encargada á D. Juan Borbon.

Solo la Francia sabia adonde iba. Sospechó, sin embargo, que el gobierno de S. M. B. estaba en el secreto del atentado francés, y que si no era cómplice en él, lo toleraba aguardando sacar con su disimulo todas las ventajas posibles á favor de su deuda. Con motivo de haberse anticipado á partir la escuadra española para las costas americanas, lord Russell aprobaba el aumento del efectivo francés, el avance del cuerpo expedicionario al interior del país, y otras operaciones que anunciaba hacer la Francia, y que importaban otras tantas violaciones del tratado de 31 de Octubre.

El tiempo avanzaba entretanto, y mientras se intrigaba así en Europa, México vió al fin la primera nube de la tempestad desplegar su ala negra entoldando el trasparente azul de su cielo.

La España, como anuncié ántes, habia hecho partir su escuadra, faltando á lo estipulado y mintiendo despues torpemente para disculpar esta infraccion.

El almirante D. Joaquin Gutierrez de Rubalcaba obedeció fielmente las órdenes de Serrano el capitán general de Cuba, y el enemigo más gratuito de México.

El 8 de Diciembre de 1861, después de nueve días de navegación, llegó la escuadra española á las aguas de Veracruz.

La ciudad estaba muda, triste y sombría, pero en su actitud reservada se leía la profunda irritación que le causaba la presencia del enemigo. No podía arrojarse sobre él y despedazarlo; y esto le impacientaba.

Pero el gobierno de México quería agotar todos los medios de prudencia y solo aceptar la guerra en último extremo. En tal virtud había dado órdenes para que se retirase de la ciudad y de Ulúa todo el material de guerra, y ya desmanteladas la fortaleza y la plaza se entregasen al enemigo.

Kératry dice, con este motivo, que Juárez procedía así por ser su ánimo más inclinado á la intriga que al valor. Y esta apreciación del defensor de Bazaine es injusta y falsa.

Nadie ha negado á Juárez, ni el valor personal ni el civil, porque de ambos ha dado pruebas irrecusables. Juárez comete errores aunque él no lo crea así; pero siempre cumple con lo que juzga que es su deber.

En efecto, agotada la República por su guerra intestina, mal podía afrontar una guerra extranjera, y menos cuando tuviera que luchar con las tres naciones poderosas que se habían ligado contra ella.

El gabinete de México, y con razón, creía más conveniente á la salud pública tratar con honra para evitar un conflicto, que apresurar este por una vanidad pueril que hubiera comprometido más esa honra que la calma que se tuviera al principio de la lucha.

El resultado confirmó la exactitud de estas previsiones.

El almirante español creyó sin duda que la fortuna le preparaba la ocasión de hacer la segunda edición de Hernán Cortés. Y solo logró demostrar cuánto degeneraba una raza en el transcurso de tres siglos.

Rubalcaba soñó que era el capitán de Carlos V, y tomando el tono que creía conveniente para ese papel, dirigió una comunicación al gobernador de Veracruz, en la cual, respirando todo el orgullo de un conquistador, pedía se le entregasen la ciudad y el castillo.

No procedió así Cortés cuando saltó al nuevo continente. Sus primeras palabras á las razas indígenas respiraban conciliación y fraternidad, para mejor disimular los planes de conquista; pero Cortés era un hábil conquistador, y si hay mucha distancia del original á la copia, mayor la hay todavía del héroe á su caricatura.

La contestación del general Llave, digna y mesurada, decía al almirante español que abandonaba la ciudad, porque así se lo había ordenado su gobierno, pero que sin esto sabría defender la inmunidad de su suelo patrio.

La ciudad quedó casi desierta; inmensas caravanas pasaban cruzando aquellos médanos sombríos y tristes como sus ánimos. Los habitantes de Veracruz veían con dolor que su ciudad querida, que la ciudad heroica, iba á ser ocupada por los invasores.

Los soldados de la República se retiraban también llenos de despecho por no haberseles dejado cruzar sus armas con el enemigo.

Al día siguiente, el 15 de Diciembre, la plaza fué ocupada por las tropas españolas.

Lo repetimos, todo quedó violado con ese hecho. El derecho de gentes, el derecho internacional y la convención misma de Londres, merecieron muy poco respeto á la España, que se atrevía al fin, cuando estaba cierta de que veían á su espalda otras dos potencias á apoyarla, á hacer

lo que durante cuatro años intentaba sin atreverse á realizarlo.

El tiempo se nos estrecha, y no podemos encenegarnos en esa multitud de proclamas y decretos que dió el otro gefe español Gasset, hablando en nombre de las tres potencias, y desarrollando los principios intervencionistas.

Todos esos documentos están perfectamente juzgados ya.

Lo único notable que merece consignarse, fué, que en aquellos momentos de transición, tomó mayor consistencia el rumor de que se pensaba plantear en México la monarquía.

Al fin llegó á Veracruz la expedición anglo-francesa, el día 7 de Enero de 1862.

Las tropas saltaron á tierra inmediatamente, formando el ejército intervencionista un total de nueve mil seiscientos diez hombres.

El general Prim, que las mandaba en gefe, llegó el día 8, y al punto destituyó á Gasset y lo envió á la Habana.

A los dos días, es decir, el día 10, los comisarios aliados dieron su célebre manifiesto.

En ese precioso documento, en medio de los cargos que se hacían á México, siempre calumniosos y apasionados, como salidos de la misma fuente, se promulgaba de nuevo la protesta de que no venían los aliados con planes de conquista, restauración ó intervención en la política interior ni en la administración del país.

Los comisarios manifestaban á los mexicanos en su proclama, que solo buscaban la satisfacción de los agravios inferidos, y la garantía de la deuda.

Esta declaración no era muy leal de parte de algunos de los signatarios.

Tras de esta proclama vino la presentación de las reclamaciones que las otras naciones hacían á la República.

El lobo que estaba arriba de la corriente de un río reprochaba al cordero que le enturbiaba el agua, cuando este bebía en la parte inferior del curso de ella.

Las tres naciones reproducían la fábula de Esopo.

Tampoco el carácter de esta obra nos permite analizar el *ultimatum* que las contenía. Solo mencionaremos que la reclamación francesa pareció tan absurda y exagerada á los comisarios españoles é ingleses, que no queriendo asumir la responsabilidad de aquella pretensión, ni hacer á sus respectivas naciones solidarias de aquella exigencia, determinaron dirigirse cada uno al gobierno mexicano, violando por segunda vez el convenio de 31 de Octubre, en cuyo espíritu estaba que los actos de las tres potencias aliadas fueran colectivos en su expresión oficial.

La Francia reclamaba sesenta millones de francos, y en el artículo 3º de su *ultimatum* se exigía el pago del contrato Jecker! Saligny no olvidaba su negocio: por eso cuando lo interpellaron el conde de Reus y Wyke sobre la comprobación de su crédito, contestó el digno diplomático, que nadie tenía el derecho de examinar el valor de su reclamación.

Aunque se deja entender, no olvidemos que los dos ministros habían ido á unirse á la expedición hacia días, saliendo de la capital de la República.

Volvamos por un momento la vista á México.

Después de mil incidentes parlamentarios, el ministerio Zamacona, que sucedió al Sr. Zarco, había tenido que retirarse ante la derrota que sufrió en el Congreso el tratado Wyke-Zamacona.

La opinión pública llamó entonces al general Doblado á formar el nuevo gabinete.

Ese hombre era una de nuestras ilustraciones públicas:

tengo, pues, que tocarlo delineando á grandes rasgos esa gran figura.

Doblado era hijo del Estado de Guanajuato. Allí, en aquel rincón de la república, comenzó á demostrar sus altas dotes administrativas, llegando á hacerse el dictador, pero el único gobernante posible de aquellos pueblos en la crisis por la cual atravesaban.

De una talla regular, grueso, su busto era ancho y hercúleo. Su rostro cuadrado, sus mejillas llenas y un poco colgantes, su barba enteramente rasurada, su boca vulgar, su color blanco y su pelo rubio oscuro tocado con el corte de la tonsura, le daban el aspecto de un jesuita italiano. Pero sus ojos bañaban aquella fisonomía con una expresión de inteligencia y de atractivo insuperables: y sin embargo, eran pequeños. Mas había en su mirada toda la penetrante intensidad de la luz eléctrica, y revelaba esa profunda investigación que penetra el pensamiento ajeno, en el hombre que se tiene enfrente, y que vá á buscar su idea hasta las últimas ondas de su cerebro, y sus sentimientos hasta los últimos pliegues de su corazón. A Doblado no se le engañaba jamás.

Era una inteligencia privilegiada, y como diplomático, el primero de su época. Un día, en París, Julio Favre y otros diputados de la oposición, pedían á un mexicano el retrato de Doblado, diciéndole:

—“Queremos conocer á ese ministro que se ha burlado de todos los diplomáticos europeos.”

El partido liberal receló siempre del gobernador de Guanajuato: es que ese hombre jamás quiso ser partidario, sino jefe de partido, por lo cual nunca se ligó con los diversos círculos políticos que había en el país.

Como las altas inteligencias, era profundamente escéptico; tenía un fin, se proponía un objeto, é iba recto hácia él sin vacilar y sin preocuparse de los obstáculos que encon-

traba á su paso. Por eso se explica que alguna vez hubiera proclamado un plan de religión y fueros, y que apesar de haber planteado á su vez en Guanajuato las leyes de reforma, se le viera asistir algunas veces á los actos públicos del culto cristiano, y al día siguiente desterrar á un clérigo conspirador, ó obtener un fuerte préstamo del partido conservador de la ciudad.

Si hubiera nacido en otra época y en otro siglo, hubiera sido un Luis XI, un Richelieu ó un Cromwell.

Con todas las prevenciones que podía engendrar un carácter semejante á un partido tan suspicaz como el partido liberal rojo, entró ese hombre al poder.

Pero no consintió en ser jefe del gabinete, sino después de haberse presentado ante la cámara, y de arrancar facultades amplísimas, como jamás se habían concedido bajo la forma constitucional, porque importaban una violación del código del país. Para espresarlo en una sola frase, diremos que sus facultades se estendían no solo en lo relativo á la administración interior, sino hasta en hacer tratados con las naciones extranjeras, según lo juzgase conveniente.

Desde el día que el Congreso abdicó así ante el gabinete Doblado, su presencia era una fórmula; la dictadura quedó erigida.

Como muy poco he de volver á hablar de Doblado, diré, que desde el momento en que se encargó de la dirección de los negocios públicos, tomaron estos un giro muy distinto del anterior.

Se sintió al punto que una mano firme dirigía todo.

Ese gabinete apresuró la organización y el aumento de las fuerzas nacionales.

Decretó que estando la patria en peligro, el erario público estaba en la bolsa de los particulares, y que no había propiedad porque todo era de la nación.

Sujetó á la prensa, á esa prensa mexicana tan digna y tan

entendida, pero que solia, con su franqueza democrática, perjudicar el servicio del Estado, ya haciendo imprudentes revelaciones que debian ignorar nuestros enemigos, ya hiriendo en su entusiasmo intereses que era peligroso tocar.

Doblado, en fin, fué el autor de la célebre ley de 25 de Enero de 1862 contra los traidores. Jamás, como en esta vez, ha sido tan verdadero el axioma de que el estilo es el hombre. El alma de Doblado está vaciada en esa ley. Si nuestro papel de historiadores imparciales nos obliga á compararla con la de 3 de Octubre, tenemos que confesar que es mas cruel y mas sangnaria la espedida por el gobierno liberal. En ella no habia gradacion ni calificacion en el delito, sino que la infidencia en todos sus grados, hasta la receptacion moral de ella y el contacto con ella, estaban conminadas con la misma pena. Segun la ley de 25 de Enero, lo mismo debia fusilarse á Almonte, que á un sacristan que repicase celebrando la entrada de los franceses.

Esa ley tiene una disculpa, que ante todo estaba la salvacion de nuestra nacionalidad.

Y tiene un título indisputable de superioridad sobre el decreto de Maximiliano de 3 de Octubre; que habia sido espedida legalmente por la autoridad legítima del país, mientras que el decreto lo daba un usurpador.

Desesperada era la situacion que se confiaba al nuevo gabinete.

Apesar de los frecuentes triunfos de la República sobre los pequeños ejércitos de los reaccionarios, los restos de estos pululaban por todo el territorio mexicano: todos los Estados estaban amagados, y todos los caminos interrumpidos.

Mejía, desde la Sierra, invadia cuando se le antojaba la capital de Querétaro, el camino de México, y los Estados de San Luis y de Tamaulipas.

Lozada merodeaba desde Guadalajara hasta Tepic; Vicario y otros mil en el Sur. . . . Imposible nos seria formar, sin detenernos demasiado, la lista de todos los gefes de gavillas que infestaban el país.

Doblado se atrajo á muchos de ellos, y continuó sus conferencias con otros, á fin de ligarlos á la causa de la nacion contra el invasor.

Márquez, entretanto, mandando un ejército numeroso, recorria varios lugares del país, esquivando todo encuentro formal, pero dejando una estela de sangre y de lágrimas por donde pasaba.

Despues de la vuelta á la capital de los porta-pliegos, y de su retorno al campo enemigo: despues de algunas comunicaciones cambiadas entre nuestro gobierno y los aliados, cuyo contenido conserva secreto el archivo, Doblado partió para Veracruz.

Entónces corrió tambien el rumor de que habia ido al campo de Zuloaga, presidente trashumante de los conservadores, un comisionado, que usando de las instrucciones del ministro de relaciones, habia logrado trastornar los planes del directorio, y sembrar la division entre los rebeldes.

Doblado y los comisarios extrangeros se entendieron al momento, menos Saligny. Esto era preciso: si el ministro mexicano hubiera podido ofrecer algo mas de lo que importaria la *recompensa* que prometia al ministro francés en su carta de 7 de Noviembre de 1862 el hermano de Jecker habria sido posible acaso evitar la guerra.

Lleguemos á la Soledad, á ese pequeño pueblo de nuestra costa oriental, cuyo nombre pesará en la historia de la Francia de una manera mas dolorosa que el de Waterloo.

Algún dia, cuando sea dado al pueblo francés pedir cuen-

tas á su gobierno imperial de lo que han hecho de su honra, será mas severo al recriminar á Napoleon III por la ruptura de los convenios de la Soledad que por la derrota del 5 de Mayo.

Pero no anticipemos los sucesos. Caeria yo entónces en ese mismo desórden cronológico y en la falta absoluta de método que se nota en toda la obra de Kératry.

México conoce perfectamente la fórmula de los preliminares de la Soledad. Ese fué el gran triunfo de Doblado.

Reconocimiento de nuestro gobierno, glorificación de nuestra bandera izada de nuevo en Veracruz y en Ulúa, y la protesta solemne de que las tres naciones aliadas nada atentaban contra la independencia y la autonomía de México: hé aquí las valiosas concesiones arrancadas por Doblado á los comisarios extrangeros.

Lo que daba en cambio honraba mas aún al país y á su representante.

Se permitia en efecto que el ejército aliado saliese de la zona del vómito y ocupase puntos propios para la salud del soldado, mientras se abrian en Orizaba las conferencias definitivas. Esto era altamente humanitario.

Pero se estipulaba que si se rompian las negociaciones, las fuerzas de los aliados retrocederian á sus antiguas posiciones hasta Paso-Ancho.

No se hubiera alcanzado mas despues de una victoria, aunque lo era el triunfo del buen derecho, ayudado de las altas dotes de nuestro representante.

Saligny firmó esos preliminares de la Soledad, fechados el 19 de Febrero de 1862.

La República tuvo un momento de calma, porque todos los ánimos estaban agitados en espera de la crisis prometi-

da, y el anuncio de los tratados fué recibido con verdadero y público entusiasmo.

Es que el país deseaba la paz para consolidar sus instituciones y afirmar su autonomía.

Solo el partido conservador no pudo disimular el despecho que le causaron esos anuncios de un tratado que afirmaba mas la autoridad del gobierno constitucional. No era eso lo que aguardaba del ejército estrangero que á costa de su honra habian llamado á su patria.

Doblado tornó á la capital y las cosas tomaron su estado normal. En cumplimiento de lo estipulado, las tropas aliadas ocuparon las localidades que se designaron fuera de la zona de la fiebre de la costa.

Pero en Europa no tuvo ni eco esa noticia.

La Inglaterra aprobó los tratados de la Soledad, y lord Russell fué enteramente lógico en su conducta posterior, hasta que mas tarde, al saber las intenciones verdaderas de la Francia, dijo que no se opondría al establecimiento de la monarquía en México, siempre que no fuera impuesta por la fuerza, sino el resultado del sufragio libre y universal.

España, con ligeras recriminaciones, tambien aprobó los actos de sus representantes.

Pero Francia, solidaria ya y enteramente complicada en el plan revolucionario de Almonte y en el pequeño negocio de Saligny y Jecker, rechazó estos preliminares diciendo que eran contrarios á su dignidad.

Y sin embargo Jurien de la Graviere no se habia separado un punto de las instrucciones que recibió de Thouvenel al partir para la espedicion.

Y sin embargo el juicio ulterior del mundo entero ha vindicado la conducta del admirante condenando con una eterna reprobacion los actos del gobierno imperial.

Pero la Francia necesitaba que le desoepara Juarez el puesto para colocar á su candidato.